

Rivales *criollos*. El deporte como dispositivo en la construcción de masculinidades en la Argentina de principios del siglo XX

Florencia N. Ochoa (FaHCE-UNLP) - 8aflor@gmail.com

Palabras clave: género-masculinidades- deportes

Introducción

En el espacio de las Ciencias Sociales los estudios sobre masculinidades aún presentan ciertos vacíos. Esta escasez evidencia la construcción de un espacio académico que rehúye de la capacidad analítica que brindan los estudios de género, un campo que niega o invisibiliza el análisis sobre los varones, cómo se organizan y configuran las masculinidades, cómo operan en la sociedad patriarcal e incluso cómo se legitiman a través del uso de la violencia, (Branz: 2017). Quizás esto se deba a que la ciencia está culturalmente masculinizada, es decir que al haber una gran mayoría de académicos varones las investigaciones están atravesadas por las relaciones de poder en las que ellos son dominantes. (Connell 1995) Debido a ello, para emprender nuestros estudios resulta necesario advertir que el género, como componente primordial de la estructura social, es el espacio dentro del cual o por medio del cual se articula el poder. (Scott: 1999) La perspectiva de género, en tanto categoría analítica, debe convertirse en un componente ineludible, sistemático y transversal.

Si tenemos en cuenta que la nueva sociedad civil creada a través de un contrato originario es un orden social patriarcal y que el patriarcado moderno, abordado desde la perspectiva de un doble contrato (sexual y el social) planteado por Carol Pateman (1995), evidencia cómo los varones, como pares o semejantes, pactan previamente la exclusión y subordinación de las mujeres, también podemos pensar que pese a la horizontalidad que manifiestan en el ámbito público, entre estos varones también existen múltiples jerarquías que son innegables.

Resulta contradictorio pero la condición de iguales, posible a través de la competición y alianza entre ellos, es resultado de la capacidad de dominación que tienen sobre aquellos que ocupan la posición débil de la relación de estatus. A raíz de esto la violencia se convierte en el más eficiente mecanismo de control y de reproducción de las desigualdades, la forma

corriente de subordinación y presión. Es decir que la supuesta paridad entre varones está de todas maneras pautada por múltiples criterios que delimitan un estatus, ya sea en relación a la nacionalidad, la condición económica, el color de la piel, la sexualidad, entre otros, y la combinación de estos factores, necesarios en el establecimiento de las relaciones de poder, da lugar a una multiplicidad de vínculos. De esta manera y de acuerdo a la comunidad y el momento histórico en el que se encuentran, los varones deben negociar de manera constante las normas, conductas y discursos que los definen. Por consiguiente, cualquier masculinidad se ubica de manera simultánea en varias estructuras de relación que no necesariamente siguen trayectorias históricas semejantes y dan lugar a contradicciones y rupturas. Como los ideales dominantes varían marcadamente de una sociedad a otra, de una época a otra, cada subgrupo define el *ser hombre*, de acuerdo a sus posibilidades reales de vida y a las herramientas con las que cuenta para ejercer alguna forma de poder. (Campagnoli; 2015). El patriarcado existe como un sistema de poder de los hombres sobre las mujeres, y también de jerarquía de poder entre distintos grupos de hombres, entre diferentes masculinidades. Como consecuencia de ello para Connell (1995) se originan al interior del género relaciones de hegemonía, subordinación, complicidad y marginación. La masculinidad hegemónica no tiene un perfil determinado, no es la misma siempre y en todos los lugares, ocupa la posición dominante en un modelo determinado, supone la pretensión y afirmación de liderazgo en la vida social, exalta cierta forma de masculinidad y excluye a las otras. Es a pesar de ello una posición siempre disputable que da lugar a resistencias y enfrentamientos. En consecuencia, la subordinación supone la expulsión del círculo de legitimidad, lo cual deriva muchas veces en relaciones de complicidad. Es decir que aquellos sometidos que no poseen el dominio sobre otros hombres colaboran, por decirlo de alguna manera, con el hegemónico para obtener algún beneficio patriarcal. (Kimmel: 1997) El mecanismo primordial de la subjetividad masculina es el poder, que sustenta y justifica un sistema de dominación sobre los varones que no cumplan las prescripciones hegemónicas y, por supuesto, sobre las mujeres.

Estas relaciones de poder y su dinámica fundamentalmente violenta son analizadas por Rita Segato (2003). Para explicarlo menciona la existencia de dos ejes, uno vertical y otro horizontal, en donde ambos se articulan estableciendo un sistema único cuyo equilibrio es endeble. El eje vertical, asociado al estatus, tiene gran resistencia al cambio y expresa un

mundo jerarquizado, mientras que el eje horizontal se organiza en torno a un acuerdo entre iguales. Por estar interconectadas, cada una de estas coordenadas no está exenta de vincularse al patrón y a la dinámica de la otra, se influyen mutuamente. La combinación de todos los órdenes de estatus entre sí pondrá en evidencia cada relación particular. Es así que el pluralismo de masculinidades, imposibles de abarcar en tipologías y caracteres, se puede configurar en diversos planos, ya sean identitarios, simbólicos, institucionales o normativos. (Scott: 1999) Hablar de poder implica hablar de jerarquías.

Entendiendo que ningún varón es capaz de alcanzar los ideales y símbolos que impone una normativa hegemónica, que no existe una única masculinidad, ni una experiencia única de ser varón y reconociendo que la experiencia de diferentes hombres, su poder y privilegio real en el mundo se basan en una variedad de posiciones y relaciones sociales, proponemos en este trabajo realizar un recorrido en la configuración de las diferentes masculinidades que se delimitaron en las primeras décadas del siglo XX, instante en el cual el deporte se convirtió en un mecanismo de control en el espacio social. Asimismo proponemos acercarnos a los estudios sobre las actividades deportivas, esas zonas libres (Archetti, 2003) esos espacios analíticos poco considerados por la academia que en la actualidad van ganando terreno y vincularlos a las políticas y estrategias implementadas por el Estado en un contexto de despegue económico, inmigración masiva y consolidación nacional. (Sazbon; 2016) Intentaremos explicar cómo se fueron delineando diversas masculinidades a través de la vinculación del Estado y algunas de las disciplinas con mayor popularidad a principios del siglo XX.

Masculinidades en la Argentina a principios de siglo XX: el deporte como dispositivo constructor

El siglo XIX constituyó un momento de internacionalización sin precedentes. El impulso de economías entrelazadas a nivel internacional permitió que la economía argentina se centrara en la exportación de productos agrícola-ganaderos. El proyecto político, económico, social y cultural que prevaleció en nuestro país como producto de dicha transformación fue impulsado por los sectores dominantes locales. Las pautas civilizatorias, la lógica de un ciudadano ideal (educado, refinado, decente) y la formación identitaria nacionalista con argumentos étnicos, territoriales y morales sirvieron de base para la configuración de relaciones de poder entre las múltiples masculinidades. (Branz: 2017)

Con la inmigración masiva y el crecimiento urbano, el deporte organizado se convirtió en una de las vías a partir de la cual se pudo conciliar la contradicción entre una imposición de la violencia y estrategias de control social, y a la vez, la actividad física o recreativa permitió también fomentar espacios de socialización exclusivamente masculinos. Vinculada a un proyecto aristocrático, la construcción de la masculinidad moderna dominante estaba sujeta a imperativos morales y físicos, es decir, no solo dependía del esfuerzo físico y el cuidado corporal sino también el cultivo y desarrollo del intelecto. Como práctica individual o colectiva debía ser garantizada por el estado y reproducida por la sociedad civil. Desde la actividad física se promovieron dos modelos o mecanismos diferentes: el de la gimnasia y el de los deportes de equipo; el primero se manifestó fundamentalmente en el espacio educativo y militar mientras que el segundo fue asociado a espacios públicos y a la emergencia de instalaciones deportivas. (Archetti 2005)

En aquellos años la actividad física, a pesar de estar plenamente aceptada como una disciplina escolar en el dispositivo curricular oficial y estatal, fue foco de tensiones y disputas respecto a la imposición de determinadas formas de regular y administrar los cuerpos. Diversas prácticas corporales como la gimnasia militar, la educación física y el scoutismo persiguieron significados distintos (y excluyentes) muchas veces contradictorios y contrapuestos entre sí, respecto a la forma en que se debía vivir y experimentar las masculinidades. La discusión apuntaba a definir la verdadera masculinidad, correcta, adecuada y deseable para ese contexto. (Husson y Bulus Rossini; 2012) La ideología modernista no solo hacía hincapié en la importancia de la actividad física para conservar la salud e higiene sino que también implicaba la transmisión de ciertos valores considerados patrióticos. Por un lado la gimnasia militar apuntaba a construir un carácter masculino cuyo ideal era el soldado-ciudadano preparado para la lucha y la contribución a la patria. El cariz belicista que era promovido por este modelo también apuntaba a despertar un sentimiento de pertenencia y patriotismo en donde la exclusión del otro era fundamental. Por otro lado, en esos años la preocupación de la clase dirigente por la incorporación e integración de los inmigrantes a la nación con un modelo en desarrollo derivó en la implementación por parte del Estado del Sistema Argentino de Educación Física. Este sistema, fue pensado y elaborado para disciplinar y para ello debió estructurarse un gran dispositivo de control a través de prácticas que produjeran efectos visibles en los cuerpos, en tanto focos del poder (Aisenstein, Scharagrodsky, 2006).

Finalmente las propuestas, laicas o religiosas, del scoutismo apuntaron a la construcción de ciertos cuerpos masculinos y para ello combinaban diversas prácticas corporales, tales como ejercicios físicos, juegos, gimnasias, paseos o excursiones. El fuerte disciplinamiento corporal apelaba a la definición, regulación y control de la sexualidad, con el fin de encaminar a la juventud, controlar impulsos y malas conductas. Esta construcción de la masculinidad también estaba dirigida a establecer un control del deseo, siendo la heterosexualidad la única alternativa posible. (Scharagrodsky; 2009)

Dentro de los deportes de grupo, los que gozaban de mayor popularidad en las primeras décadas del siglo XX tenían una raigambre inglesa. El turf es uno de ellos. Entre 1880 y 1930, fue la principal y más popular actividad deportiva de la Argentina. Fue en el hipódromo, a pesar de los relatos que suelen enfocarse en el fútbol para referirse a la profesionalización, en donde irrumpió la figura del deportista profesional. Las carreras de caballos, promovidas y organizadas por el sector más poderoso de la elite social surgieron en este período marcado por profundas transformaciones sociales.

A raíz de las investigaciones realizadas por Roy Hora (2014) se observa que el turf como disciplina profesional, tuvo un origen tardío en nuestro país, en donde había una diferencia notable con otras regiones debido al amplio acceso al caballo. Con la creciente oleada inmigratoria europea, la comunidad inglesa, de la mano de la *Foreign Amateur Racing Society*, introdujo caballos de carrera, esbeltos, veloces, costosos y en consecuencia más sofisticados que los que había aquí. Esto le otorgó cierta distinción a las carreras de caballo lo cual despertó el interés de los poderosos locales. Con la fundación del Jockey Club de Buenos Aires, los máximos representantes de la actividad política y económica del país plantearon la organización y administración de la actividad turfística nacional. Con Carlos Pellegrini a la cabeza impulsaron un espacio social de primer orden, a imagen y semejanza de los clubes ingleses y franceses. Su objetivo radicaba en convertir al hipódromo en un espacio que representara y reafirmara su preeminencia. Convertido en un espacio de entretenimiento del que también disfrutaban las clases populares urbanas, fue un punto de choque entre las masculinidades personificadas por la elite, los jinetes y los espectadores. (Sazbon; 2016) Los propietarios fijaron un marco de relaciones de dominación y subordinación que regulaba la conducta deportiva, el atuendo y el decoro de los jockeys que de deportistas profesionales reconocidos se convirtieron en trabajadores especializados

condenados al anonimato. Paradójicamente, *sportmen* se convierte en un calificativo reservado a los propietarios de los caballos, quienes robustecieron su dominio en todo ámbito vinculado al turf estableciendo la organización espacial de acuerdo a la condición social, colocando gradas, prohibiendo los festejos dentro del campo de carrera, imponiendo cierta vestimenta y enajenando a los jockeys de todo resultado final de la competición. Los propietarios se encargaron de reforzar de manera exagerada sus patrones hegemónicos y condenaron a los jinetes a la marginación. Con los años el turf como disciplina y entretenimiento fue perdiendo su esplendor y si bien en la actualidad continúan las carreras, las relaciones de poder y formas de masculinidad son completamente diferentes. Accesible para todos, estrechamente identificado con el entretenimiento popular, y por ende privado de todo viso de exclusividad, no extraña que el mundo del caballo de silla no despertase el interés de los poderosos locales.

Otro de los deportes que alcanzó popularidad en aquel entonces fue el polo. Definido como un deporte *civilizado* los estancieros británicos y criollos lo vieron como una expresión de la modernidad, como un juego disciplinado y con pautas claras, un reemplazo eficaz de los deportes ecuestres tradicionales de los gauchos (el pato, las cinchadas y las pechadas). Con la creación de la Federación Argentina de polo, este se convertía un deporte “nacional”, practicado por familias de estancieros, transmitido de generación en generación. Esta organización implicó una selección de prácticas que hicieron posible la expresión de una identidad masculina específica. (Archetti, 2005)

Tomando elementos extranjeros y gauchescos el polo fue configurado para un nuevo espectador que estaba supeditado a determinados imperativos morales, normas de apariencia, comportamiento y conducta. El concepto de hibridación manejado por Archetti (2003) para referirse a la fusión entre tradición y modernidad, permite definir al polo como una actividad que, combinando elementos propios de la región y anglosajones, persistió como un deporte de terratenientes pampeanos privilegiados que congregaban los valores aristocráticos y simultáneamente idealizaban la figura del gaucho.

Los patrones de ideal masculino construidos por ellos no sólo establecieron la subordinación de petiseros y peones, sino que su definición también se basó en una representación negativa de los jugadores extranjeros. Esta relación de alteridad supuso un refuerzo en la

consolidación de un modelo varonil específico, en donde además de la fortaleza física y la intrepidez del jugador argentino también se requirió de la figura del otro para destacarse.

El polo se ha mantenido a lo largo del tiempo como un deporte asociado a los sectores aristocráticos; los mecanismos de preservación se lograron a través de lazos familiares y sociales y se convirtió también en un dispositivo de ascenso social y de pertenencia para muchos sujetos que por sí mismos no habrían podido pertenecer a ese espacio.

Además de la gimnasia, el turf y el polo, el fútbol toma importancia a finales del Siglo XIX como elemento integrador de los inmigrantes en numerosos clubes de Argentina. La concepción de las dos fundaciones del fútbol argentino, una británica y posteriormente una criolla (Archetti 2003) permite acercarnos al análisis: la fundación británica hace alusión a la difusión por parte de los ingleses del balompié en la región mientras que la fundación criolla comienza simbólicamente en 1913, cuando Racing Club obtiene el campeonato de primera división sin contar con algún jugador británico y es cuando a partir de ese momento los clubes cuya raigambre era británica pierden su peso futbolístico y sus jugadores comienzan a desaparecer de los equipos nacionales. Los jugadores descendientes de italianos o españoles eran denominados criollos, mientras que los hijos de ingleses no eran incluidos en esta categoría. La palabra criollo como concepto tenía un objetivo puntual: despojar al fútbol de su origen británico y convertirlo en algo autóctono, nacional; un mecanismo de exclusión e inclusión. A partir de las transformaciones de estilo, los jugadores de fútbol comenzaron a operar como arquetipos de ciertos valores o virtudes masculinas. Inspirado en una forma de juego con una fuerte impronta inglesa, el fútbol logró expandirse en los clubes argentinos como una disciplina capaz de apelar a la integración de los inmigrantes que arribaban al país. La búsqueda y construcción de una identidad local, criolla de un fútbol más artístico y habilidoso, estableció una diferenciación notable con sus orígenes británicos. Para Archetti (1995) la habilidad técnica y el individualismo del jugador argentino como axiomas del modelo identitario, requería para su construcción la imagen contrastante del disciplinado jugador inglés. Para Débora Tajer (1998) el fútbol argentino, al igual que las otras disciplinas mencionadas, construyó un tipo particular de masculinidad y viceversa: el tipo de jugador en algún sentido marcó un modo de jugar. El balompié promovió ciertas virtudes masculinas y sus valores, compartidos exclusivamente por varones, se transmitieron de padre a hijo, o simplemente por una figura masculina próxima. En este modelo la identificación con otros

varones (el rechazo hacia lo femenino) y la opresión del deseo homoerótico, reflejado en la homofobia, en el repudio a la homosexualidad tuvo una vía de escape. El esfuerzo por suprimir ese deseo era evidente, el varón necesitaba asegurarse que nadie lo confundiera con un homosexual y finalmente, este anhelo oprimido obtuvo en el fútbol su condición de posibilidad. Esta lógica inconsciente de identificación homoerótica se llevó a cabo en dicho espacio de sociabilidad excluyentemente masculino promovido desde Estado Nacional como un mecanismo de integración y pertenencia. (Kauffman; 1997 Acha; 2004)

La fundación *criolla* del fútbol no solo fue la argentinización de un deporte británico sino una fundación en donde los hijos de inmigrantes latinos pasaron a dominar la práctica activa. El fútbol funcionó, por lo tanto, no solo como un reflejo del discurso nacionalista y patrio sino como un espacio simbólico. La década del treinta lo consolidó como deporte profesional, le permitió crecer notablemente con la construcción de grandes estadios e inversiones en infraestructura convirtiéndolo en la disciplina popular por excelencia. (Archetti 2005)

Conclusiones

La interrelación entre los espacios deportivo, político, económico y social favoreció la construcción de diversas formas de masculinidad en un mismo espacio temporal. Algunas de ellas han mantenido ciertas formas hasta la actualidad. El repaso por los orígenes nacionales de los deportes ecuestres, la gimnasia y el fútbol evidenció ciertas contradicciones al interior de una misma disciplina y entre disciplinas diferentes. Asimismo demostró que es imposible pensar en la construcción y desarrollo de una única manera de ser varón. Si bien consideramos que el patriarcado garantiza la dominación masculina, al interior de esta categoría existen y existieron relaciones de poder, de dominación y subordinación, históricamente móviles. Los ejemplos deportivos mencionados sirven para pensar a la masculinidad no como un objeto generalizable sino como complejo, diverso y contradictorio. Aquellos grupos que sostuvieron una posición de liderazgo en la vida social exaltaron una forma específica de masculinidad, pero también pudimos ver que en otros espacios la masculinidad hegemónica era otra.

La opresión y subordinación ubicó a otras masculinidades en la parte más baja de una jerarquía de género entre los hombres y los expulsó del supuesto círculo de legitimidad. Esta

marginación como relación fue inherente a la autorización de la masculinidad hegemónica del grupo dominante de turno y a su vez asumida por las masculinidades subordinadas. Tanto las masculinidades hegemónicas como las masculinidades marginadas dispusieron prácticas generadas en situaciones particulares, en una estructura cambiante de relaciones, en donde los deportes de principio de siglo fueron algunos dispositivos donde se hicieron evidentes.

La coexistencia de diferentes disciplinas deportivas evidenció la pluralidad de masculinidades y relaciones entre ellas en un mismo espacio social y en un periodo histórico determinado. Al ser relaciones de poder, las jerarquías eran imposibles de ser eliminadas: la actividad física, promovida por el Estado a través de las instituciones educativas, logró atravesar numerosas estructuras apelando al modelamiento y disciplinamiento de los futuros ciudadanos. Algunos intereses variaban de acuerdo al tipo de enseñanza que se promovía, ya fuera laica o religiosa los grupos de varones no solo se ubicaron de manera simultánea en varias estructuras de relación sino que los ideales dominantes que promovían variaban de un grupo a otro dependiendo de las posibilidades concretas que su modo de vida y los instrumentos que tenían a su alcance para ejercer el poder. En el caso del turf las tensiones entre propietarios de caballos, jinetes y espectadores dan cuenta de ello; en el polo las estructuras de clase siempre estuvieron presentes para delimitar el cariz aristocrático que definía a dicha disciplina. La diferenciación y en consecuencia dominación de los dueños de los caballos frente a los peones y petiseros fueron notables. La hibridación, en tanto mecanismo de construcción de la identidad, del polista local también fue necesaria. Estos mecanismos demuestran la necesidad de afirmar su posición de liderazgo en su vida social; la hegemonía no determinada y por lo tanto disputable los mantenía siempre alertas. Finalmente, el fútbol se convirtió en una disciplina masiva. La profesionalización avalada por el Estado fue forjándolo como el deporte nacional por excelencia, en donde jugadores y simpatizantes se esforzaron por mantener sus pretensiones de dominación.

El deporte como dispositivo de construcción de masculinidades evidenció una notable diversidad tanto individual como colectiva. La gimnasia, el turf, el polo y el fútbol representaron modelos diferentes en un mismo periodo histórico; las primeras décadas del siglo XX fueron el escenario de una vinculación estrecha entre el Estado y el deporte que derivó en la construcción de numerosas masculinidades.

Desmontar el mundo de privilegios masculinos requiere de grandes desafíos, conlleva la necesidad de desnaturalizar el orden social de género y visualizar y cuestionar las estructuras patriarcales, el presente trabajo tuvo como objetivo indagar en las construcciones masculinas del pasado deportivo para reflexionar en torno no solo a la injerencia del Estado en su delimitación sino también en la incidencia de la actividad física en la configuración de modelos masculinos y de relaciones de poder.

Bibliografía

Acha, Omar “Masculinidades futbolísticas, política y homoerotismo en el cine durante el primer peronismo” en Valobra A. y Ramaciotti, K (comps.) Generando al peronismo. Estudios de política, género y cultura, Lugar: Buenos Aires, Año: 2004; p. 123-169.

Archetti, Eduardo (2003), Capítulos 2, 3 y 5 de Masculinidades, Buenos Aires: Editorial Antropofagia, disponible en <http://documents.tips/documents/archetti-eduardo-masculinidades-futbol-tango-y-polo-en-la-argentina-antropofagia-2003.html> .Capitulo 3

Archetti, Eduardo Estilo y virtudes masculinas en El Grafico: la creación del imaginario del futbol argentino En Desarrollo Económico, Vol. 35, No. 139, (Oct. - Dec., 1995), pp. 419-442

Archetti, Eduardo. El deporte en Argentina (1914-1983). Trabajo y Sociedad Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas N° 7, vol. VI, junio- septiembre de 2005, Santiago del Estero, Argentina ISSN 1514-6871

Aisenstein, Angela y Scharagrodsky, Pablo. (2006) Tras las huellas de la Educación Física escolar argentina. Cuerpo, género y pedagogía. 1880-1950. Buenos Aires, Editorial Prometeo

Branz, Juan (2017) “Masculinidades y Ciencias Sociales: una relación (todavía) distante” en Descentrada. Revista Interdisciplinaria de Feminismos y Género, La Plata.

Campagnoli, Mabel Alicia (2015) “*¡Andá a lavar los platos!* Androcentrismo y sexismo en el lenguaje” en Bach, Ana M^a (coord.) Para una didáctica con perspectiva de género. Bs. As., Miño y Dávila, pp.59-106, disponible en https://www.academia.edu/12142155/_And%C3%A1_a_lavar_los_platos_Androcentrismo_y_sexismo_en_el_lenguaje

Connell Robert (1997) “La organización social de la masculinidad” en Valdés, T. y Olavarría, J. (Comps.) Masculinidad/es. Poder y crisis. Ediciones de las Mujeres, n* 24, Isis Internacional, Santiago, Chile, pp.31—48. Disponible en <http://joseolavarría.cl/wp-content/uploads/downloads/2014/08/Masculinidad-poder-y-crisis-Valdes-y-Olavarría.pdf>

Connell, Robert (1995) Masculinities, University of California Press, Berkeley.

Connell, R. W. Educando a los muchachos: nuevas investigaciones sobre masculinidad y estrategias de género para las escuelas Nómadas (Col), núm. 14, abril, 2001, pp. 156-171 Universidad Central Bogotá, Colombia

Hora, Roy (2014) “El turf como arena de disputa social. Jockeys y propietarios en el hipódromo argentino de fines del siglo XIX” en Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas n° 51. Disponible en https://www.academia.edu/13701004/El_turf_como_arena_de_disputa_social._Jockeys_y_propietarios_en_el_hip%C3%B3dromo_argentino_de_fines_del_siglo_XIX_Jahrbuch_f%C3%BCr_Geschichte_Lateinamerika_2014

Husson, Marcelo y Bulus Rossini, Viviana (2012). El control de los cuerpos desde la educación física. Una revisión de las prácticas gímnicas escolares en el país en el período de los Batallones Escolares Bonaerenses. VII Jornadas de Sociología de la UNLP. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.

Kaufman Michael (1997) “Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres” en Valdés, T. y Olavarría, J. (Comps.) Masculinidad/es. Poder y crisis. Ediciones de las Mujeres, n° 24, Isis Internacional, Santiago, Chile, pp. 62—. Disponible en <http://joseolavarria.cl/wpcontent/uploads/downloads/2014/08/Masculinidad-poder-y-crisis-Valdes-y-Olavarria.pdf>

Kimmel Michael (1997) “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina” en Valdés, T. y Olavarría, J. (Comps.) Masculinidad/es. Poder y crisis. Ediciones de las Mujeres, n° 24, Isis Internacional, Santiago, Chile, pp. 49—62, disponible en <http://joseolavarria.cl/wp-content/uploads/downloads/2014/08/Masculinidad-poder-y-crisis-Valdes-y-Olavarria.pdf>

Pateman, Carole (1995) “Hacer un contrato”, en El Contrato Sexual, México, Anthopos/UAM, disponible en http://perio.unlp.edu.ar/catedras/system/files/pateman_el_contrato_sexual_0.pdf

Sazbón, Daniel ¿Por qué le habrán puesto caballos? Acerca de una historia del turf en Apuntes de Investigación del CECYP, 2016,(28):213-218. ISSN 0329-2142 // ISSNe 1851-9814

Scharagrodsky, Pablo. (2009). En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Gimnástico: prácticas corporales, masculinidades y religiosidad en los Exploradores de Don Bosco en la Argentina de principios de siglo XX. Educar em Revista, (33), 57-74. Disponible en <https://dx.doi.org/10.1590/S010440602009000100005>.

Scott, Joan (1999). “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en Navarro, M. y Stimpson, C. (comp.): Sexualidad, género y roles sexuales, FCE, pp.37-75.

Tajer, Débora. El fútbol como organizador de la masculinidad. En LA VENTANA, NÚM. 8 / 1998

Segato, Rita (2003) “Los principios de la violencia” en Las estructuras elementales de la violencia. UNQ, Bernal, pp. 253 — 261, disponible en <http://mercosursocialsolidario.org/valijapedagogica/archivos/hc/1-aportes-teoricos/2.marcosteoricos/3.libros/RitaSegato.LasEstructurasElementalesDeLaViolencia.pdf>